

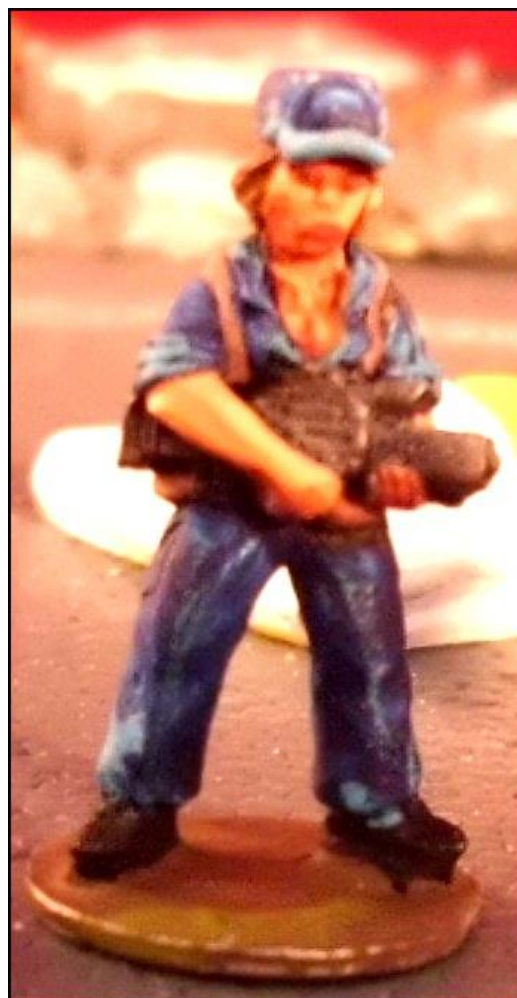


LA HISTORIA DE MARTINA DE LA ECOALDEA

Martina nació en el seno de una influyente familia de Santoña. Su tatarabuelo, dueño de una conservera en tiempos en los que había peces en el Cantábrico, había amasado una pequeña fortuna a mediados del siglo XX. Con el dinero y las influencias acumuladas, los hijos, nietos y bisnietos de este no tuvieron dificultades para mantener una vida más que acomodada durante generaciones sin necesitar partirse el lomo: una concejalía por aquí, un sobre bajo mano por allá, la dosis justa de especulación inmobiliaria en el momento adecuado —visión para los negocios—, chaquetita sobre los hombros y misa en los días de guardar.

Los primeros atisbos de escasez pillaron a Martina, por tanto, muy de lejos, cuando apenas estaba empezando la ESO en un colegio privado. En los años siguientes, la rebeldía contra sus padres propia de la edad, en conjunto con la información cada vez más cruda que le llegaba de fuera y un idealismo creciente, le hicieron irse con un novio algo mayor que ella y un poco hippie a una ecoaldea del Oriente de Asturias. En su casa dijeron a los vecinos que la habían mandado a un internado.

Los primeros meses no fueron fáciles y solo por orgullo se negaba a volver a casa, “con los fascistas de sus padres”, que le seguían pasando dinero. No obstante, las condiciones de su nueva vida eran mucho peores de lo que había imaginado, las gentes del campo mucho menos “sencillas y honestas”, las tareas mucho menos románticas y la vida en comunidad menos idílica. Hizo un par de amagos de volver a casa y sus padres la recibieron con los brazos abiertos —y la ducha preparada—, pero siempre volvía en cuanto tenían una mínima discusión. Los resentimientos fueron creciendo a cada amago, las discusiones eran cada vez más fuertes y, cuando se quedó embarazada, ya no la dejaron entrar en casa. Al volver a la aldea, su novio ya tampoco estaba allí.



Martina abortó sola en una clínica de Oviedo, con unos vaqueros rotos y una camiseta de Zara que ponía “Save the planet”. Convenció a su abuelo para que le diese dinero para ponerse a estudiar, y estudió Biología. Encontrar trabajo cuando terminó era imposible, y terminó volviendo a la aldea. La gente allí cambiaba mucho y pocos quedaban ya de cuando ella había estado previamente, así que acogieron con gusto a alguien que ya estuviera enseñado y no hubo lugar para el resentimiento. Mucha gente había llegado de la



ciudad en esos años, acuciada por la escasez, y ella les enseñó con paciencia las labores que se necesitaban.

Martina ya no volvió a marcharse de la aldea. Durante años, instruyó a la gente que venía de pasada, asesoró a otros proyectos, tuvo sus parejas, que también iban y venían, estuvo metida en el panorama ecologista, al que cada vez se podían dedicar menos recursos, cuidó ovejas, cortó hierba, cavó patatas, zurció calcetines, cortó leña, construyó vallas, recolectó hierbas, frutos y flores, hizo ungüentos y cataplasmas, potajes para treinta personas en ollas que calentaban una casa entera. Escuchó pasar a abogados que se habían quedado sin corbata, mineros que se habían quedado sin carbón, adventistas del séptimo día, locatis que querían irse a una cabaña en el monte y no bajar más, que temían la venida de nuestros señores extraterrestres, o de los reptilianos, o el levantamiento de todos los chinos que vivían en las ciudades. Desarrolló un instinto maternal hacia cualquiera que buscase, desesperado, una respuesta a tantos cambios súbitos detrás de otros tantos cambios súbitos. Se fue volviendo la abuela de toda esa gente y se le olvidó tener hijos.

Cuando la violencia empezó a escalar tuvieron que tomar la decisión de si dedicar o no parte de sus recursos a defender lo que habían construido. Cada vez se podían permitir menos los pequeños saqueos que ocurrían con frecuencia, y las fuerzas de seguridad hacía tiempo que no cumplían sus obligaciones. Martina se dio cuenta entonces de hasta qué punto la comunidad se había ido llenando de gente por necesidad y no por convicción, que pensaban que ser pacifista era un lujo que ya no podían permitirse. Incluso puede que ella solo lo fuera por el pragmatismo de pensar que la gente que está peleando come, pero no siembra.

Los veteranos se resintieron ante estas conductas “fascistas, beligerantes”, pero se resintieron por lo bajo, porque, al fin y al cabo, su edad iba avanzando y el peligro crecía cada vez más. Con los años y el aumento de los conflictos, los más jóvenes y fuertes debían dedicarse a la defensa, y la producción de alimentos cada vez era menor. Ya solo se aceptaban nuevos ocupantes de forma muy selectiva, y el criterio decisivo era si los otros “guardianes” consentían o no.

El cupo de habitantes dedicado a gente que solo podía aportar conocimiento, y no fuerza, se veía cada vez más reducido. Martina, por su condición de veterana e instructora, estaba mucho más a salvo que otra gente, aunque, por si acaso, intentó aprender algo de todo aquello que pudiera ser considerado





útil. De algunos de los otros veteranos no se podía decir lo mismo. Pronto, los escasos conocimientos y medios sanitarios de la comunidad tuvieron que priorizarse para preservar la salud de los “guardianes”, cada vez más débiles a su vez por la escasez de alimento. Algunos de los otros murieron por causas que antes habrían sido atajables.

Un año, frío y lluvioso, muchos de los guardianes cayeron enfermos. La lluvia de ese año no olía bien, pero podría ser cualquier cosa. Ya estaban acostumbrados a los cambios. Hicieron sitio en el hórreo, que hacía tiempo que resultaba demasiado grande para el grano que había para guardar, y pusieron a los enfermos en filas, donde sudaban día y noche y gritaban entre sueños. Los que no estaban enfermos se repartían a duras penas el trabajo entre los terrenos, los enfermos y la defensa.



Un día, la lluvia dejó de oler mal. Martina estaba en un campo, con las ovejas, sentada en la hierba mojada con un hacha en las manos y escrutando el lindero del bosque, rezando porque nada apareciera. Sintió miedo y frío, pero también se alegró de que por fin la lluvia oliera a limpio.

Sara, una de las guardianas, apareció por el camino con una escopeta de caza. Tenía sangre, propia o ajena, en los brazos y las botas, y su espalda tatuada parecía llena de arañazos. Le dio otra escopeta a Martina y la obligó a volver con ella. Las ovejas tuvieron que quedarse.

Al entrar de nuevo a la aldea, tres de los compañeros que habían estado enfermos estaban puestos en fila en el suelo, con varios tiros por el cuerpo. Se habían levantado de la fiebre y se habían “comido” al médico de guardia y a otros tres de los convalecientes, antes de ser reducidos. Ahora no sabían qué hacer con el resto de los enfermos.

Martina no entendía qué querían decir con “comido”, y subió al hórreo. Cuando vio lo que significaba, vomitó en el corredor.

Resolvieron poner candados en el hórreo y sustituir al médico por un guardián armado. Cuando Martina se quejó, preguntando qué pasaría si alguno de los enfermos no hacía esa aberración y simplemente despertaba, le invitaron a que se quedase ella a diferenciar unos de otros, y Martina dejó de quejarse.



Al cabo de unos días, los gritos y aullidos del hórreo no dejaban dormir a nadie, y no parecían terminarse. Los propios sanos pasaron a estar en un estado de semiinconsciencia, en el que solo oían los gritos de sus compañeros y los golpes contra la madera. Una noche Marcos, el líder de los guardianes, preguntó a Martina si creía que el grano del hórreo podría aprovecharse. Martina le dijo que no y, cuando vino la temporada seca, le prendieron fuego.

Algunos de los nuevos miembros que trajo Marcos tenían características extrañas, que no parecían ni siquiera humanas. Pero ya estaban acostumbrados a los cambios. Martina y los otros pocos no guardianes que quedaban consiguieron sacar ese año casi toda la comida necesaria para los que quedaban vivos, aunque no para las nuevas adopciones. Los guardianes a veces hacían viajes largos, y traían comida no se sabía muy bien de dónde. “Recolectada”, decían, pero uno no recolecta pollos ni sacos de cereal.

Los nuevos guardianes no respetaban los principios más básicos de la comunidad. Quemaban parcelas de bosque para facilitar la vigilancia, o destrozaban el terreno sembrado para llegar antes a los sitios, o protestaban porque no se usase parte del grano para hacer alcohol, por no hablar de atacar y saquear otras comunidades, o a los propios habitantes. Martina fue ganándose el resentimiento de muchos de ellos, al intentar defender algunos de estos principios básicos para la supervivencia de todos.

Martina se quedó, por necesidad, hasta el día que se decidió que ya había enseñado todo lo que sabía y que no podía mantenerse a una mujer fuera de la edad fértil en la comunidad. Se esperó a que pasase una caravana para mandarla con ellos y, por respeto a todo lo que había hecho, no la vendieron como esclava. La caravana, sin embargo, sí que iba hacia el mercado de esclavos de Potes.



Una vez más, Martina decidió probar suerte y volver a casa, a Santoña, y ver qué quedaba de su familia, de la que hacía años que no tenía noticias. Sin embargo, oyó rumores de que esa zona no podía ser segura, y lo había oído de prácticamente cualquier zona. En la actualidad, su duda se encontraba entre intentar volver allí y recuperar algún posible resto de la economía familiar o buscar otro grupo de protección y comenzar otra aldea nueva, en un territorio en paz y a su manera.

El azar, como tantas otras veces, decidió antes que ella. La caravana en la que viajaba cambió su ruta para evitar una zona batida por bandas armadas y acabó acercándose a una urbanización fortificada donde algunos chalés tenían acceso a un refugio subterráneo construido antes de la guerra. Martina reconoció enseguida el tipo de lugar: gente asustada, reservas menguantes, normas improvisadas y demasiadas personas creyendo todavía que aquello era provisional. Aun así, aceptaron dejarla entrar porque sabía cultivar, curar con lo poco disponible, conservar comida y organizar manos torpes. No era el territorio en paz que había imaginado, ni una aldea nueva a su manera, pero al menos tenía techo, una puerta cerrada contra el exterior y gente a la que enseñar antes de que todo volviera a romperse.

